

CAPITULO VI

La Grecia desde las guerras médicas hasta el advenimiento de Alejandro.—Mision de la Grecia durante las guerras médicas.—Antagonismo interior.—Rivalidad de Atenas y de Esparta.—Pericles.—Su gobierno.—Guerra del Peloponeso.—Muerte de Pericles.—Vicisitudes de la guerra.—Alcibiades.—Guerra de Sicilia.—Alcibiades en Esparta y en Persia.—Llamada de Alcibiades.—Lisandro.—Decaimiento de Atenas.—Triunfo de Esparta.—La Sicilia después de la guerra del Peloponeso.—Los dos Dionisios de Siracusa.—Timoleon en Sicilia.—El Asia Menor.—Dominación de Esparta en Grecia.—Sublevación de la Grecia.—La Grecia después del tratado de Antalcidas.—Reacción tebana.—Pelópidas.—Epaminondas.—Lucha entre Esparta y Tebas.—Agésilao.—Batalla de Leuctra.—Batalla de Mantinea.—Paz entre Esparta y Tebas.—La Macedonia.—Su historia antes de Filipo.—Guerra social.—Primera guerra sagrada.—Filipo ataca la Grecia.—Demóstenes, Esquines y Focion en Atenas.—Segunda guerra sagrada.—Predominio de Filipo.—Muerte de Filipo.

En esta gran guerra del Asia contra la Europa, que se ha llamado «guerra médica» no se decidía solamente la suerte de la Grecia en los campos de batalla. Si la Grecia no hubiese contenido la invasión, el genio guerrero de los persas hubiera, sin duda alguna, pasado más adelante. Pero nunca permitió que la conquista oriental penetrara hasta el corazón de Europa; reunió los pequeños Estados, y confió a la espada de los Helenos la causa de la defensa del Occidente.

Habiendo retrocedido la invasión, había pasado el peligro de esclavitud y de exterminio. Faltaba saldar la cuenta de las venganzas; pero mientras trascurren los años antes de Alejandro de Macedonia, no teniendo ya la Grecia la gran misión providencial del combate asiático, estará privada de su único lazo. No formará entonces más que una especie de mundo estrecho, una tierra particular que se reparten pueblos casi de la misma sangre, pero divididos ya por viejas rivalidades, antiguas querellas de preeminencia y de razas, y un perpétuo antagonismo de costumbres, de ideas y de intereses. Este mundo será una liza, a la que descenderán todas las envidias y todas las ambiciones, un momento apagadas bajo la sombra de la bandera de la independencia.

Entonces reaparecerá en el seno de la sociedad helénica esta profunda disensión, esta constante aversión de la Grecia Central contra el Peloponeso; es decir, lucha de razas, jonios contra dorios; odio de principios, democracia contra aristocracia; en fin, oposición de caracteres: el comercio, las artes, la civilización, la marina por un lado; por otro, el espíritu tosco y grosero, ignorante y desdenoso, que no conocía más que la agricultura durante la paz, y el valor resuelto, que en la guerra no pide más que una espada, y el enemigo en campo raso para poner término a la contienda. Estas diferencias ocupan y tienen en suspenso a los combatientes, hasta que un «bárbaro» les toma en pos de sí y los arrastra contra el Asia.

La invasión no había tenido otra señal ni otro pretexto que la rebelión de las ciudades jónicas, situadas en Asia. La primera, la ciudad jónica de Atenas, había enviado auxilios a los griegos de más allá del mar. Había derrotado en Maraton a los soldados de Datis; había sufrido más que otra alguna las iras de Jerjes, y se habían visto sus naves en primera fila en las líneas de Salamina.

Por otro lado, la dórica Esparta se enorgullecía por sus trescientos soldados muertos en las Termópilas; había con Euribiades dirigido,



de nombre si no de hecho, la flota combinada, cuyo núcleo principal de fuerza le constituían las naves de Temístocles; había, en fin, vencido en Platea. Las dos ciudades, justificando de este modo sus pretensiones al mando de la Grecia, tenían sus aliados y sus súbditos entre los pequeños Estados que dominaban ellas por la violencia, ó se les unían por el origen, el gobierno y las costumbres.

Al fin de la guerra contra los persas, «Atenas, levantando sus incendiados y destruidos muros, había aparecido más grande, más poderosa y más bella que nunca. Unida al Pireo por una larga serie de fortificaciones, y adornada por las maravillas de las artes, mostraba a todos su puerto lleno de galeras y sus plazas adornadas de edificios, que no eran sino otros tantos monumentos que indicaban el esplendor de la ciudad y recordaban su gloria. No se abandonaba el Partenon (1), magnífico templo de Minerva-Atena, la protectora, la fundadora de Atenas, sino para admirar las estatuas de la ciudadela, las bellas proporciones del Erecteyon (2), los esplendores de los Propíleos (3), ó la magnificencia del Odeon (4), construido en parte con los restos de los navíos persas. Lisipo decía: «El que no desea ver a Atenas es un estúpido; el que la ve sin complacencia, es más estúpido todavía; el colmo de la estupidez es el verla, recrearse en ella y abandonarla (5).»

Esta brillante ciudad marítima tenía necesidad de dominación. Por una sutil distinción, cuando se trataba de una grandeza, Aristides mismo no se oponía ya a los proyectos *injustos pero útiles* (6). Estrechaba, pues, la unión y la obediencia de sus colonias y de los estados de

(1) El Partenon era llamado Hecatompedos á causa de su fachada de «cien piés» de ancho (70^m,80).

(2) El Erecteyon es la obra más notable del orden jónico.

(3) Los Propíleos eran los vestíbulos del Acrópolis; sólo se había empleado en ellos mármol, y habían costado las rentas de la república de más de un año 2.012 talentos.

(4) El Odeon, destinado á los concursos de música, fué construido por el modelo de la tienda de Jerjes.

(5) Barthelemy, *Viaje del jóven Anacarsis*, c. XII.

(6) Plutarco, Tucídides, I, II.

su liga, que reducía al papel de súbditos y que esta potencia democrática gobernaba despóticamente. Lacedemonia permanecía indecisa en medio de las ciudades dóricas del Peloponeso que comenzaban á murmurar; y temía aventurarse en largas hostilidades. Entre tanto el tratado de Cimón no aplacó á Atenas; deseaba ser, no el campeón de la Grecia, sino su dueña (450).

Había en ella entonces un hombre que, removiendo las pasiones populares, la impelia por este camino de ambición. Este hombre, en quien los ancianos habían desde largo tiempo «encontrado á Pisistrato» (1), era Pericles (2). Su elocuencia le había elevado desde que se dió á conocer sobre el crédito aristocrático y sobre la gloria del hijo de Milciades, y le había hecho desterrar para hacerle llamar en seguida (3). Este déspota de la tribuna; este «olímpico» cuyo poder se comparaba al del señor de los dioses y que no empezaba ningún discurso sin rogar á los dioses que no dejaran escapar de su boca ninguna palabra que no fuese útil y conveniente al objeto que iba á tratar; este arrogante genio que tenía «el arte de aparecer vencedor aun cuando se sentía consternado» (4), discípulo de Anaxágoras y de Zenón de Elea, ya tan poderoso durante la vida de Cimón, había «reinado» (5) después de él, venciendo la facción de los nobles, á pesar de Tucídides, hermano de Cimón, abatiendo también el tribunal del Areópago, cuya altura amenazaba la suya, conduciendo y sujetando á medida de su deseo las emociones de la multitud. Quería que Atenas fuese reconocida por capital de la Grecia; y el amigo de Fidias, el protector de Zeuxis, de Parrasio y de Praxíteles, había hecho á su patria digna de este ho-

(1) Plutarco, *Vidas de Temístocles y de Aristides*; Tucídides, I, I.

(2) Plutarco, *Vida de Pericles*.

(3) Pericles era hijo de Jantipo, el vencedor de Micala, y por su madre era sobrino de Clístenes, uno de los primeros jefes populares después de la expulsión de los Pisistrátidas. Era bello de cuerpo, pero tenía la cabeza más fuerte que la naturaleza: también se le representaba siempre con un casco.

(4) Plutarco, *Vida de Cimón*.

(5) Barthelemy, *Viaje del jóven Anacarsis*, t. II.



nor, decorando á porfia con las mejores obras los templos, los pórticos y las plazas públicas (1). A su generosa profusion hacía las artes tanto como á la corrupcion de sus prodigalidades era á lo que debía su poder (2). Consintió en pagar todo el coste de lo que mandaba, *oda vez que su nombre fuese inscrito en los monumentos* (3). La posteridad le ha tratado mejor todavía: le ha permitido dar su nombre á su siglo. Pero el pueblo de Atenas se había indignado y los gastos eran cubiertos, no por el tesoro de la ciudad solamente, sino por el tesoro general de los aliados.

Es verdad que los aliados reclamaron, y Pericles apreciaba en lo que valia su descontento. Poco le importaba tambien que sus conciudadanos soñasen con la conquista del Egipto, de la Fenicia, de Cartago; aunque envió una flota del lado de la Magna Grecia, contenía este *calamitoso deseo* de la Sicilia que comenzaba á nacer. No se fiaba en una tregua de treinta años; se ponía en disposicion de resistir enviando una colonia á Tracia, restituyendo á los focenses la proteccion del templo de Delfos y obteniendo para Atenas el derecho que hasta entonces había tenido su rival, el de consultar la primera el oráculo de Apolo y castigando á la Eubea sublevada. Hacía esto porque veía que *la guerra del Peloponeso avanzaba á pasos agigantados* (4), y porque en él tomaba cada vez más vigor una formidable liga, animada de un vivo espíritu de hostilidad contra la influencia de Atenas.

Pericles había, pues, elevado muy alto la gloria y el esplendor de su país; quiso tocar á sus instituciones; ¿pero hizo esto para repararlas y fortificarlas? Puede con algun fundamento dudarse de ello.

Bajo su influencia y acaso propuesto por él, las magistraturas, á excepcion felizmente de

(1) El pueblo ateniense amaba apasionadamente las fiestas y los espectáculos; Pericles le daba ochenta por año, y restableció el antiguo uso del «teoricon», caja pública que pagaba la localidad de los pobres en el teatro. El teatro de Atenas contenía treinta mil espectadores.

(2) Tucídides, I, I, cap. XX, XXI.

(3) Plutarco, *Vida de Pericles*.

(4) Tucídides.

los diez estrategos, fueron en adelante dadas no por eleccion, sino por la suerte (1). Él es tambien quien so pretexto de que la pobreza envilece y degrada, estableció para cada ciudadano un sueldo de un «óbolo» cada vez que asistían á la asamblea pública, sin contar las distribuciones gratuitas de trigo. Más tarde se elevó esta indemnizacion á cinco óbolos. Esta lista civil del pueblo soberano no nos parece muy digna de una nacion libre.

Este pueblo, es verdad, no era más que una oligarquía y no una muchedumbre. Atenas, que mandaba á quince millones de súbditos (2) no contaba, despues del empadronamiento de Pericles, más de catorce mil ciudadanos.

Pericles regularizó y ordenó las rentas públicas, y á pesar de sus gastos invertidos hasta la prodigalidad, el tesoro tenía una economía de 9.700 talentos antes de la toma de Potidea. Las rentas del Estado se componian del producto de las tierras arrendadas en plata, de las multas y confiscaciones numerosas y productivas, de las aduanas, de la tasa de los extranjeros, de los tributos de los aliados y de las contribuciones de los ciudadanos, que consistían en un impuesto sobre los bienes, pagado solamente en los casos de urgencia, y de las prestaciones ó liturgias (3) debidas al Estado.

A pesar de estos servicios prestados á su patria, Pericles mismo tenía necesidad de la guerra. La caprichosa pasion del pueblo le provocó ya con Fidas, que murió en la prision,

(1) La suerte no es, como dice M. Duruy, «una cosa más democrática todavía que el sufragio universal»; no es más que el azar con todo lo que hay en él de ciego y peligroso. Es necesario advertir que los atenienses trataban de corregir los defectos de la suerte por un sinnúmero de precauciones: declaracion de candidaturas, exámen de los candidatos, cuenta severa al salir del cargo, vigilancia de los siete «nomofilacios» que podían llamar á los magistrados á la ley. Pero no podríamos concluir con M. Duruy que «la libertad había de ganar de este modo.» *Historia de la Grecia antigua*, p. 466.

(2) Aristófanes es el que da esta cifra; tememos que sea exagerada en tres ó cuatro millones.

(3) Los liturgias eran en número de cuatro principales: *coregia* ó preparacion y direccion de los coros para los espectáculos; *gimnastarquía* ó conservacion de los gimnasios de luchadores para los juegos



acusado no solamente de haber quitado el oro de la estatua de Minerva, de cuya acusacion se justificó, sino de un crimen más irremisible, cual era el haber esculpido su imágen y la de Pericles en el escudo de la diosa (1); con Anaxágoras que huyó para sustraerse á una condenacion capital (2); y con Aspasia, á quien apenas pudieron salvar las lágrimas del primer ciudadano de la república. Arrastró á los atenienses por cálculo y necesidad á belicosas ocupaciones.

En primer lugar la marina de Atenas medió y se interpuso, con desprecio del derecho de gentes, entre Corcira, isla de piratas, muy débil para otras expediciones que no fuesen de corsarios, y su metrópoli Corinto, que reunió ciento cincuenta naves para castigar la defecion (432). Las hostilidades se extienden inmediatamente hasta la Tracia.

El sitio de Potidea, colonia corintica, da en fin la señal de una universal explosion. En la asamblea de Esparta, estallan de cólera los diputados del Peloponeso; los corintios acusan de lentitud á Lacedemonia, «*cuya conducta se resiente mucho de la sencillez de las primeras edades*» (3). Los espartanos, decididos á la ruptura á pesar de Arquidamas, reclaman el destierro de los «sacrilegos descendientes de Cilon», es decir, el destierro de Pericles; despues la «*autonomía*» para las ciudades griegas, es decir, la disolucion de la liga ateniense. Atenas que no temía *una reunion de naciones di-*

públicas; *hestiasia* ó cuidado de los festines; *arquiteoria* para conducir á Delos ó á Delfos las diputaciones solemnes. Una quinta liturgia muy antigua era la *trierarquía* que obligaba á los más ricos ciudadanos al armamento y sostenimiento de las galeras del Estado. Tomamos este análisis de M. Duruy, *op. cit.*, c. I, p. 460. (Véase á Boeck, *Economía política de los atenienses*.)

(1) Plutarco es el que dice que Fidas murió en la prision; Filocoro que había escrito una historia de Atenas, aseguraba que Fidas, amenazado de una acusacion de sacrilegio, huyó entre los eleos, siendo siempre perseguido. (Véase una *disertacion* de Emérico David, á cuya opinion contradice M. Duruy, *op. cit.*, c. II, I, p. 487.)

(2) Anaxágoras era buscado por sacrilego, como negando la existencia de los dioses: se desterró el á Lamsaca.

(3) Tucídides, I, I, c. CXLI.

ferentes, tanto por su origen como por sus principios.» responde con recriminaciones (1), y comienza la guerra de veintisiete años.

Hé aquí las dos repúblicas frente una de otra, cada cual con sus aliados. La una tiene todos los habitantes del Peloponeso, á excepcion de Argos que la tiene envidia, y la Arcadia que permanece neutral; la otra tiene todas las islas sujetas á su dominacion y los pueblos de la Grecia Central, salvo la Beocia que desempeña á su vez el mismo papel que la Argólida; Platea, la única entre las ciudades beocias, está siempre unida á Atenas. Las dos ligas, la una fuerte por tierra, la otra poderosa en el mar, no libran inmediatamente batallas decisivas.

Empiezan las hostilidades (431). Arquidamo cubre toda el Atica con sus tropas peloponesas: cuando se retira, Pericles, que contuvo á los atenienses en sus murallas, se embarca, asola las costas enemigas, devasta el territorio de Megara y pronuncia el elogio fúnebre de los guerreros muertos en el campo de batalla (2).

Estas represalias no impedian las invasiones peloponesas que se sucedían periódicamente.

Segun costumbre, al primer grito del gallo veíanse en otro tiempo llegar á Atenas los hombres del campo, repitiendo antiguas canciones; las tiendas se abrían con estrépito y las calles eran recorridas por ciudadanos que se dirigían á sus ocupaciones ó á la plaza pública; todo parecía lleno de vida, alegre y animado (3). Pero entonces ya no era así; la ciudad estaba triste é inquieta; los habitantes del Atica, obligados á refugiarse en el recinto de sus murallas, veían desde lo alto de sus fortificaciones incendiadas sus chozas de los llanos. A todas estas desgracias, hay que

(1) Para la apreciacion moderna de estos hechos véase á Barthelemy, Connop-Thirwall, *Historia de la Grecia antigua*; M. Poirson, *Compendio de Historia antigua*; Gillies, *Historia de la antigua Grecia*; M. Duruy, *Historia de la Grecia antigua*, etc.

(2) Tucídides, I, I, c. CXLI.

(3) Véase Barthelemy, *Viaje de Anacarsis*, capítulo de las *Costumbres de los atenienses* y sus autoridades.



unir el horrible azote de la peste (1) desde el segundo año, que partiendo de la Etiopía, asolaba los dos continentes. El célebre Hipócrates había rehusado el oro de la Persia para consagrarse únicamente á la Grecia; pero sus remedios y los fuegos que hacia encender para purificar el aire, apenas disminuían la desolación.

En medio de tantos desastres, Pericles, sin que todo esto fuera bastante á desanimarle, dirigía la escuadra, mandaba las expediciones; fué condenado á una multa, excluido del gobierno que había reorganizado; mas fué pronto llamado de nuevo á los negocios, sosteniendo sólo la república, convertida por él en un imperio (2).

El contagio arrancó también á este grande hombre que en el lecho de la muerte no se gloraba más que de una cosa, de «no haber hecho llevar luto á ninguno de sus ciudadanos (529) (3).

La guerra se hace cada vez más cruel. Esparta arroja en los precipicios á los mercaderes de Atenas; Atenas asesina á los embajadores que Esparta enviaba á Artajerjes Longimano. Los atenienses se apoderan de Potidea, cuyos habitantes se alimentaron con carne humana antes de someterse. Los lacedemonios reducen al fin á Platea, y como los plateos sus enemigos no les prestaron servicio alguno desde el principio de las hostilidades, degüellan á los defensores sobre las tumbas que atestiguan la derrota de Mardonio (4).

La animosidad de los combatientes no se manifestó solamente en semejantes escenas, sino en las que los atenienses renuevan en Lesbos y en Corcira; es tal, que los pueblos modifican su genio para acomodarla á su odio. Los lacedemonios lanzan sus naves contra Pireo (429); los atenienses, á quienes subleva el ardor de Cleon, atacan por tierra, y desgracia-

(1) Esta peste, tan admirablemente descrita por Tucídides, era, según se cree, una fiebre eruptiva, la misma que afigió al pueblo romano bajo Marco Aurelio. Litreo, *Obras de Hipócrates*, cap. I, p. 122.

(2) El gobierno, dice Tucídides (II, 34), era en el nombre una democracia, y de hecho, un imperio del primer ciudadano de la república.

(3) Tucídides, I, II; Plutarco, *Vida de Pericles*.

(4) Tucídides.

dos contra la Etolia, avanzan á la Mesenia, encuentran soldados y aliados contra los mesenios, á quienes reanima la más mínima esperanza de socorro y reedifican á Pilos sobre aquel promontorio estéril, desde el cual parece amenazar á la orgullosa Esparta.

En vano se cernía la peste; en vano los temblores de tierra destrozaban el Ática; en vano las aguas desbordadas sumergían la floreciente ciudad de Orobia en Eubea y las pequeñas islas de Atlante y de Peperato; Atenas desechaba las proposiciones de paz que la ofrecía su rival y conservaba las naves lacedemonias que tenía en rehenes. La sumisión de Esfacteria, donde el intrépido Brasidas se había refugiado con cuatrocientos veinte espartanos, la toma de Citerea que dominaba en la Laconia al Sur, como Pilos en Occidente, y en fin, la gran derrota de los beocios en Tanagra, completaban su victoria de Pilos. Sin embargo, Lacedemonia despreciada se reanima con las expediciones de Brasidas, por la batalla de Delium, donde Sócrates salva la vida de Alcibiades, y por la toma de Anfipolis en la Tracia. Los atenienses condenan al destierro al historiador Tucídides y devuelven los prisioneros de Esfacteria (1).

Rota la tregua por Brasidas y Cleon, que se hace dar muerte, se consolida después de la muerte de estos dos jefes. Nicias y Plistonax la hacen extensiva á cincuenta (422).

La suspensión no podía durar tanto tiempo. El crédito de Nicias y del partido aristocrático no era inquebrantable; la plaza de Cleon estaba vacante, y un sucesor más hábil llegó á ocuparla. Alcibiades, el amigo de Sócrates, el heredero de Pericles, encantaba á la multitud por sus relevantes cualidades, por su elocuencia y por su valor; se hizo su árbitro, y pronto dió contra Lacedemonia, cuya dominación se iba haciendo ya muy débil en el Peloponeso. Engañando á los embajadores de esta república y denunciándoles como impostores, daba socorros á los argios y á los mantineos que estaban en armas. Después, y cuando la victoria de Mantinea consolidaba el poder de los

(1) Tucídides, I, II.



espartanos, restableció la confianza popular por medio de conquistas, acompañadas siempre de grandes crueldades, como en Melos y en Escione de Tracia. Por último, los atenienses se mantenían en completa fatiga viendo la peligrosa ambición de la Sicilia. Timon, el misántropo, fué el que ocupó los primeros destinos en toda la Grecia. Adorado unas veces y odiado otras, desterrado, llamado del destierro y de nuevo desterrado por las aclamaciones universales, dominando todo á primera vista por doquiera que él se presentara, elevado á los supremos honores y condenado á muerte, afectando con tanta facilidad todos los géneros de vida, admirando Esparta su frugalidad, los tracios su intemperancia, los beocios su amor á los ejercicios violentos, los jonios su molición, los sátrapas del Asia el lujo que ellos no podían igualar, seguido siempre de muy buena suerte, cambió tres veces de partido, concibió los más grandes proyectos, pero no realizó ninguno; al fin murió asesinado en la corte por un oficial del rey de Persia, dejando la fama del más inmoral y del más seductor de los hombres (1).

Comenzó por cambiar el teatro de la guerra para llevarle á Sicilia. La isla de las tres montañas se hallaba dividida en tres razas. Los cartagineses vivían bastante tranquilos en sus

(1) Los atenienses le odian, decía Aristófanes, le desean y no pueden pasarse sin él. Se conocen todos los rasgos que la antigüedad se ha complacido en referir de él. Siendo niño no quería apartarse del camino, en el cual se entretenía jugando á los dados. «Pasa si te atreves,» dijo al conductor de un carro tirándose sobre el camino. En un escudo había grabado un *Amor* lanzando rayos. Tenía un perro magnífico que le había costado siete mil dracmas: le cortó la cola para que los atenienses se ocupasen del animal y dijese del dueño toda clase de improperios. Dió de bofetadas por una apuesta á Hipponicos, hombre muy venerado entre los ciudadanos de la capital; pero al día siguiente se prosternó ante él para que le castigara. Su mujer Hiparete no pudo sufrir, á pesar de su virtud, los ultrajes con que la agobiaba todos los días; preséntase ante el arconte para pedir el divorcio; llega Timon, la saca en sus brazos con aplauso de todos, y la manda ya contenta á su casa. En Olimpia hizo correr siete carros á la vez, y convidó á toda la asamblea á un espléndido festín, en el que se disputan las naciones griegas el honor de pagar los gastos.

tierras conquistadas al Oeste. Las pequeñas repúblicas fundadas al Este por los griegos, ricos y comerciales, industriales y muy apasionados, sin cesar en guerra entre sí, no se ocupaban más que en arrojar un tirano para recibir otro; afeminados por el lujo, el despotismo y la licencia, aguardaban para tener reposo un dominador extranjero. Ellos no se hubieran desde luego sujetado al yugo de los antiguos habitantes, de los sículos, que encerrados en el interior de su antigua isla, habían intentado últimamente, bajo su jefe Deuce-tius (451) arrojar á los conquistadores.

Deuce-tius no había podido alcanzar siquiera una dominación efímera. Agrigento, después de Teron y Trasideo, se contentaba con su comercio con los cartagineses y con la protección de los de Siracusa, protección que á su rebelión del 446 se cambió en una verdadera soberanía. Gela, después de Hieron, que la había gobernado antes de suceder á Gelon, obedecía al mismo gobierno como la mayor parte de las colonias. Siracusa, por último, que con la espada de Gelon había vencido á los cartagineses y que ya libre desde Trasíbulo, hermano de Hieron, había continuado anexionando á ella las ciudades menos importantes, presentándose como la primera de las ciudades sicilianas. Ya cuando redujo á Leontium en vida de Pericles, los atenienses pensaron intervenir en sus negocios, que eran griegos también, contra un estado dórico. Sostenía á Selimonte contra Egesto, cuando Alcibiades les decidió á que, á pesar del prudente y el supersticioso Nicias, trataran de establecer en la isla las democracias, y á favor de un principio común hicieran de estas repúblicas de origen dórico dependencias de Atenas (1).

La expedición comenzó con buen éxito (415), aunque dirigida por un hombre, sobre el cual pesaba una acusación de sacrilegio. Nicias, que deseaba contemporizar, y Lamacos el valiente, que se hubiera en seguida apoderado de Siracusa, cuando los habitantes exclamaban «que Atenas era muy feliz para que ellos hubieran

(1) Tucídides, lib. V, VI, VII; Diodoro de Sicilia, lib. XII, XIII; Plutarco, *Vidas de Nicias y de Alcibiades*; Cornelio, *Vida de Alcibiades*.